

Tívoli de San Cosme donde almorzó perfectamente, fué al tiro de pistola de las Delicias, donde estuvo ejercitándose en colocar algunas balas en el anillo del centro de la placa, luego se lanzó á galope por la romanesca calzada de la Piedad, volvió á su casa, donde se vistió con un esmero y elegancia con que lo haría para un baile, estuvo una hora en casa de la divina Eulalia platicando y tocando el piano, y por último, se fué á buscar á Enrique, con su indiferencia habitual, cantando entre dientes una cancion báquica.

XI.

EL DUELO.

A las tres, Roman y Gabriel montaron en un coche en la gran Plaza de Armas. El cochero recibió la orden de conducirlos á Tacubaya. Como se había convenido entre Enrique y Gabriel, Isidoro debía llevar las pistolas, una de las cuales se debía cargar solamente. Roman se reclinó en el fondo del carruaje y con la cabeza oculta entre las manos, se dejó avasallar por la influencia de una triste meditación. Todo su pasado se presentó con vivos colores á su imaginacion calenturienta y presa de mil contrarias impresiones. Pensó en su infancia tan serena, pasada al lado de su madre en un hermoso pueblecito de la costa veracruzana, en su bella hermana, ¡pobre ángel, cuyo porvenir no fué de este mundo y que voló á esperar en otro mas verdadero á su madre! en aquellos alegres paseos en lancha por la azul superficie del mar, en sus escursiones por tierra á Veracruz, en su triste despedida el dia que tuvo que partir para Europa, en sus diez años de estudio, de meditación, de práctica en los hospitales de Paris, en sus viajes por la Alemania y la Italia, en su dolor al volver á México y hállarse sin un pariente,

sin un amigo, entregado al desamparo de la miseria, teniendo que vivir pobremente mientras encontraba un destino, con los restos que había conseguido salvar del naufragio de su fortuna, y sobre todo, en aquella jóven que se había presentado en su camino, tan bella, tan desdichada, para despertar en su alma un sentimiento nuevo, pero impregnado de un atractivo irresistible, eterno, avasallador de su existencia; sér de su sér y alma de su alma, bella imágen que semejante á un espejo de la creacion, se le presentaba en todas partes, durante el dia en cada luz del astro rey, durante la noche en cada vaga penumbra de la pálida deidad del cielo, en cada temblante fulgor de las estrellas, durante la tarde en cada celaje, en la media luz de cada tinta crepuscular; cielo de su dia, lámpara de su noche, dulce olvido de su pasado, eterna idea de su presente, vaga esperanza y apacible luz de su porvenir, casta y doliente imágen que convertía sus sueños en una continuacion de la vigilia, nombre repetido mil y mil veces por los lábios del alma, escuchado en cada suspiro del ambiente, escrito con caracteres de fuego en las tinieblas de su corazon. ¿Qué importaba la muerte si un minuto antes se podía decir: "Corazon mio, amala aún: pensamiento, retrata su imágen: ojos míos, lloradla; lábios, pronunciad su nombre por la última vez. Muerte, llévame á continuarla idolatrando en la eternidad. ¡Dios mio! ¡dadle en felicidad, cuanto yo le dí en amor sobre la tierra!"

Quien haya sentido alguna vez al despertarse una pasion inmensa en su alma, convertir su cuerpo en una fiebre que anda, que se agita movido por una sola idea, la idea de esa pasion, comprenderá muy bien el estado de Roman al decir su adios á aquella encantadora ilusion cuya realidad se llamaba Amparo.

Gabriel le contemplaba en silencio sin atreverse á interrumpir su vaga y triste meditacion.

El coche corria con rapidez por la calzada que divide en dos esa arquería, obra maestra del génio y la constancia. A poco se presentó Chapultepec, ese severo castillo que reposa sobre una alfombra de verdura, ese testigo mudo, sombrío acusador de las locuras y extravíos de la opulenta capital, esa página palpitante de nuestra infeliz historia, desde Moctezuma hasta Santa-Anna,

desde la entrada del ejército trigarante en 1821, hasta el estruendo del cañon invasor en 1847, ese gigante que vive con la existencia de los siglos. El bosque que los jóvenes dejaban hácia su derecha estaba hermoso como lo está siempre en los últimos dias del otoño, las ramas de los árboles caian lánguidamente en festones que tapizaban con una alfombra de un hermoso verde la blanca tápia que lo circunda. A poco se presentó Tacubaya, la de los idilios juveniles, la niña mas consentida de México, la de las alegres tertulias en que el corazon enamorado encuentra una dulce expansion, la de las serenatas á la tibia, temblante y fugitiva luz de la luna, la villa realizadora de las ilusiones con que la juventud en su dulce privilegio, nutre su imaginacion abrasando en blando fuego su alma. A tiempo que el coche entraba por la hacienda de la Condesa, otro coche, conduciendo á Isidoro y Enrique lo alcanzó y lo adelantó bien pronto, merced á los lijeros caballos que lo arrastraban. A alguna distancia de Tacubaya, los jóvenes se apearon. Gabriel habló en voz baja con el cochero, que espoleó sus mulas y fué á colocarse á un lado del camino en una de las llanuras que se encuentran á la derecha de la calzada que conduce á Mixcoac. Cerca de allí estaba otro carruaje. Los jóvenes salieron de la calzada y comenzaron á andar con precipitacion en direccion á las solitarias lomas que se encuentran entre el camino de Toluca y el Olivar del Conde.

Eran las cinco de la tarde, el dia habia estado muy nublado y por consiguiente el crepúsculo debia adelantarse media hora envolviendo á la naturaleza en una bella media luz.

A poco andar distinguieron á Isidoro y á Enrique caminando en la misma direccion; el segundo llevaba una pequeña caja. Bien pronto se reunieron cambiando un cortés saludo.

Gabriel y Enrique se adelantaron á un lado del camino para cargar una de las dos pistolas que dentro de la caja que llevaba el último se contenian. Isidoro y Roman se quedaron de pié. El primero se puso á golpear negligentemente con una varilla que llevaba en la mano, los hermosos arbustos y campesinas florecillas. El segundo volvió la espalda y se puso á contemplar el paisaje magnífico que se desarrollaba ante su vista. Era en

efecto magnífico el paisaje, y al ver aquella naturaleza tan risueña, cualquiera hubiera creído que aquellos cuatro silenciosos jóvenes en vez de reunirse para un siniestro objeto, eran artistas ó poetas que corrian ávidos en busca de inspiraciones. Por una parte, á sus piés, se veía la villa de Tacubaya, hundida al parecer en un barranco, porque las cruces de sus torres y los miradores de sus palacios se contemplaban casi al nivel del suelo; en segundo término, el torreón del castillo de Chapultepec, sobresaliendo de una verde alfombra; en lontananza las torres y edificios de México la bella, la hermosa coqueta, orgullosa con las adulaciones que murmuran á sus oídos las ondas de Chalco y de Texcoco, la ciudad de los palacios y los jardines, la blanca beldad cuya frente, sin embargo, está manchada de sangre de hermanos, la de los mil suntuosos templos, medio encubierta por las brumas de los lagos y las primeras tintas del crepúsculo. Por otra parte, los campanarios de las aldeas de Mixcoac, San Angel, Santa Fé, sobresaliendo de un oceano de flores, como ramilletes tirados al acaso por una maga. Y todo ese valle de México, obra maestra de Dios, admiración de los hombres, impregnado de recuerdos del barón de Humboldt.

Y todo esto bajo un cielo siempre azul, siempre fúlgido, ahora plumizo á causa de las nieblas, ornado encima de las nieves del Popocatepetl y el Ixtacihuatl por un disco argentado y vago que dentro de dos horas se tornará incandescente y alumbrará con sus pálidos reflejos y tembladores rayos la vasta estension de los silenciosos y dormidos campos. Se respiraba una brisa tibia impregnada de los perfumes de las violetas de Tacubaya, de las rosas de San Borja, de los manzanos de Mixcoac, San Angel y Coyoacan. Nada interrumpía el silencio mas que esos ruidos vagos y sin nombre de la soledad, que parecen formados de los suspiros de las flores enamoradas, del canto lejano de las aves, de la música de la creación que envía un himno eterno de amor y gratitud al Supremo Hacedor, del triste, confuso y melancólico tañir de las campanas de las aldeas vecinas.

Una de las pistolas estaba cargada. Gabriel y Enrique escogieron el sitio, que era una llanura encajonada entre dos pequeñas colinas y contaron exactamente treinta pasos. Roman é Isi-

doro tomaron sin ver cada uno su pistola y fueron á colocarse en el sitio que sus padrinos les designaron á su lado.

Roman, como se habia convenido, apuntó al acaso é hizo fuego... Pero el tiro no salió, y solo se oyó el choque de la llave.

Reinó entonces un profundo silencio que ni la respiración de los jóvenes interrumpía. Parecía que aquellos cuatro hombres se habian convertido en cuatro estatuas.

Gabriel alargó maquinalmente los brazos á Roman. Este, pálido, pero resuelto y sereno, se cruzó de brazos mirando fijamente á su contrario.

Isidoro alargó el brazo y apuntó, Roman vió en frente de su pecho el cañon de una pistola; pero no se desvió ni una línea del lugar en que estaba colocado.

El tiro salió. Roman se estremeció, llevó maquinalmente las manos á su pecho, dió algunos pasos hácia atrás y cayó en los brazos de Gabriel. Al mismo tiempo su levita negra que llevaba completamente abrochada, se tiñó en sangre encima del lugar del corazón.

Isidoro y Enrique ayudaron á Gabriel á trasportarle al coche que esperaba á un lado del camino. Los dos primeros montaron en su carruaje y se alejaron en dirección del camino de Tacubaya.

La ofensa estaba vengada. La mancha sobre el honor se habia lavado con sangre. ¿Qué importaba que un hombre muriese, si el mentido honor de un caballero quedaba bien puesto...? La sociedad nada hubiera dicho al saber la violación de Amparo; porque, ¿no se ha criado la clase media para víctima de los placeres de la aristocracia? Pero hubiera alzado el grito si hubiera sabido que Isidoro, el rico, el admirado joven, toleraba los insultos y permitía ser estrujado por un hombre decente y honrado, pero pobre, que osaba pedir una restitución. ¡Oh! los salones de Plateros y San Francisco le habrían desdeñado. Bucareli habria murmurado. El patio del teatro y la terciena habrían proferido sangrientos chistes. ¡Ya se vé! la igualdad no puede existir en México. Bastante habia hecho Isidoro con desafiarse en vez de hacerle despedir á palos por sus lacayos ó hacerle poner preso. ¡Famosa nobleza! ¡Nobleza de caricaturas!

¡Aristocracia arlequin! ¡Aristocracia *pulichinelli!*—¿De qué estás formada?—¡Dios mio! ¡Vergüenza cansa decirlo! Jovencitos, parodias de los salones de Paris; mujeres hermosas sin afecciones pátrias y sin sentimiento.—¡Ejército corrompido! ¡Bonapartes de procesion! ¡Apóstatas del presidio! cuyos méritos son diez pronunciamientos por hambre (*pacte de famine*) y que en vez de comer humildes el pan bendito del orden religioso y civil, habeis convertido la patria en ensangrentado teatro de vuestra ambicion y vuestros crímenes. Por ceñiros una banda de general, por llegar á un ministerio, habeis caminado por una alfombra de despedazados cadáveres, sin ver los rios de sangre que atravesábais y sin oir los lamentos desgarrados de las familias de la clase media que vuestra rapacidad habia dejado huérfanas.

¡Noble ejemplo nos habeis dado á nosotros jóvenes! Nosotros al nacer hemos recibido por bautismo las lágrimas de nuestras madres que gemian á nuestros muertos ó desterrados padres, que bebian el agua de rios extranjeros amargada por su llanto y comian el mendigado y negro pan del proscrito; nosotros desde niños hemos visto brazos hermanos armados de contrarios puñales; hemos sentido el vendabal envenenado de la guerra civil penetrar hasta el rincon mas santificado de la casa, quemando y agostando las mas hermosas y de mas blando perfume flores del jardin paterno.

¿Y esos jovencitos, y esas bellas mujeres, y ese mal ejército. se llama aristocracia? ¡Dios mio! ¿Qué es lo que pasa? ¡Mas no! ten fé y esperanza, clase media, clase inteligente, clase virtuosa, la democracia y la igualdad vienen, el siglo avanza arrastrando en su empuje á los malvados y los traidores. ¡Fé y esperanza, si es suyo el presente, tuyo es el porvenir!.....

Entre Gabriel y el cochero, que mudo y aterrorizado no comprendia lo que acababa de pasar, acomodaron á Roman en el coche.

Gabriel tendió una mirada inquieta por toda la estension del campo que podian abarcar sus ojos, y un rayo de satisfaccion bañó su fisonomía. Lejos, muy lejos, acababa de distinguir una casita, blanqueando entre el follage de los árboles que formaban

una pequeña selva entre el camino estraviado que conduce á Cuajimalpa y la aidea de Nonoalco.

Gabriel subió al coche y dió orden al cochero de conducirlos allí lentamente. En efecto, la tarde comenzaba ya á declinar, Roman parecia estar muy mal herido, y era empresa arriesgada y peligrosa quererle conducir á México por la gran distancia, y á Tacubaya por el escándalo que se formaria con la presencia de un herido.

Roman habia caído en un letargo á causa de la sangre que escurria por su herida, y Gabriel, despues de haber entreabierto su casaca y su camisa, la restañaba con su pañuelo.

Ya habia anochecido cuando el coche se detuvo delante de la casa. Era una hermosa y pequeña granja con su patio lleno de flores, con sus trojes de un lado y sus aposentos del otro, perteneciente á unos honrados labradores. Gabriel informó á las buenas gentes de lo que pasaba. Su exterior les inspiró confianza, ayudaron á introducir al herido en un aposento prodigándole los ausilos del momento, y un criado partió á galope á San Angel para traer un médico.....

Véamos ahora lo que pasaba en la casa de San Salvador.

La señora Paula habia visto salir al medio dia á Roman y Gabriel juntos. Amparo, por una casualidad, los habia visto tambien.

Pasó toda la noche, pasó todo el dia y ninguno volvia.

María habia permanecido entretenida por Guadalupe sin salir del aposento.

Cerca de la media noche, la señora Paula fué á llamar al cuarto de Amparo para comunicarle sus temores, sin revelarla, sin embargo, la existencia tan próxima de María. Las dos corrieron al cuarto de Roman. Estaba abierto.

Encima de la mesa se veia una carta. Estaba dirigida á Amparo. La jóven la abrió y leyó violentamente las siguientes palabras:

“Amparo:

“He muerto, puesto que Gabriel entrega á vd. este papel; pero he recobrado á María, la hija de su corazon. Está entre los

brazos de la señora Paula y ya no se separará de su lado de vd. ¡Adios! ¡Adios! La amaba yo á vd. con toda mi vida, y muero tranquilo y contento, puesto que al morir le dejo la felicidad.

“Al estrechar contra su corazon á esa niña, acuérdesese vd. de mí.

Roman.”

Amparo dejó caer el papel, su rostro se contrajo, sus ojos giraron en sus órbitas, tendió rígidamente sus brazos hácia delante, y lanzando un gemido triste como el último suspiro de Weber, cayó privada de sentido sobre el pavimento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XII.

SACRIFICIO DE MARTIR.

Han pasado tres meses desde las últimas escenas que hemos referido.

Es una triste tarde del mes de Febrero, en que el invierno al despedirse lanza su último suspiro helado.

Penetremos en el aposento de Amparo. Este, siempre triste, está hoy, sin embargo, cubierto por un nuevo velo de sombría amargura. Seis personas lo ocupan. En un rincón y sobre un pequeño lecho reposa la niña María, pintadas en su rostro las últimas señales de la agonía. Su organizacion enfermiza por los pesares que combatian á su desdichada madre al llevarla en su seno, se ha gastado ahora por una de esas afecciones inflamatorias en los órganos de la respiracion que tan á menudo complican las fiebres eruptivas de la infancia y en las que la muerte se produce por asfixia.

Hace un mes que se está apagando lentamente como una lámpara.

A su lado, con los brazos apoyados en el borde del lecho, con el rostro pálido y desencajado, con la mirada fija, está Amparo contemplando la fisonomía descompuesta de su hija. Sus ojos